

religión y sin moralidad! ¡Y luego, lo que pensarán las gentes de verlo entrar en casa de semejante alhaja! Son muy capaces de creer, que el pobre de don Aristeo, va allí con otros fines, porque de todo sacan partido y todo lo comentan. ¡Si le digo á usted que ya no se puede vivir sin tener por delante más de cuatro ojos que la fiscalicen á una sus acciones!

Doña Ceferina tuvo materia abundante para platicar el chocolate de aquella tarde, atesorando á la vez preciosos datos con que sostener, por algunas semanas, sus sobremesas y sus habladurías.



CAPÍTULO XII.

LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO.

EN el punto á que han llegado las cosas en el capítulo anterior, nos ha parecido conveniente poner al lector en situación de juzgar por medio de una mirada retrospectiva.

Después de cierto tiempo es cuando volvemos á seguir los pasos de nuestros personajes.

Comencemos por Sánchez, por ser uno de los tipos de nuestra predilección.

Sánchez no pudo conjurar la tempestad.

Los plazos se vencieron, y á pesar de todas las influencias, sus fincas fueron embargadas, si bien después de las moratorias consigüientes á la chicana y á la preciosa tabla de la tramitología judicial.

Entre tanto, Sánchez, según expresión de él mismo, se había vuelto cabeza.

Por lo demás, nada había avanzado sustancialmente.

Llegó á saber que Cárlos lo necesitaba, y Sánchez, en su tribulación, vió en lontananza como un iris de paz, al angel del soborno, dado caso que haya iris y angel de esa calaña.

Pero Sánchez lo vió sin duda, porque estaba en estado de ver visiones.

A pesar de esto, el angel se hizo esperar más de lo necesario.

El otro angel, la cocota, estaba suprimido del presupuesto, lo cual era un ahorro, aunque no un consuelo.

Amalia, que bien pudo haber sido otro angel para Sánchez, había volado también.

En cambio, Sánchez estaba en poder de sus acreedores, en la resbaladiza pendiente

de su ruína: la única teta á que había quedado colgado Sánchez era á la de la Tesorería general de la Nación, teta providencial y reformadora, que ha obligado á prorrumpir en famélicos desatinos á más de cuatro patriotas como Sánchez.

Pero todavía esta teta tenía un mamón inagotable: el agiotista.

Calcúlese cuál sería la situación de Sánchez.

Pero el destino no es tan inflexible, que, en medio de los más difíciles predicamentos, no nos permita el placer de encontrarnos por esos mundos de Dios con un amigo, con ese gran consuelo del hombre, con ese mito de todas las edades y de todas las naciones, con el hombre en fin; con el hermano revestido con el sublime carácter de coadjutor, de obrero, de ayudante, en una palabra, de amigo.

Sánchez se lo encontró á pedir de boca, y más á tiempo que si lo hubiera buscado con la linterna de Diógenes.

No diremos quién era el tál, por temor

de no poder ocultar bastante los perfiles de una fotografía, que podría convertirse en una acusación personal.

Este amigo era todo un hombre, y no así como quiera, sino práctico, conecedor, vividor, patriota de los de la Junta y de los que van por delante de los que fabrican vítores y brindis; de esos expansivos que le deben á la patria cien veces más de lo que la patria les debe á ellos; en una palabra, este amigo á quien nos referimos, era el hombre que necesitaba Sánchez.

Sánchez había descendido al café, y decimos *descendido*, porque Sánchez frecuentaba el de Zúñiga, el de Manrique, el del Cazador y el del Refugio, quiere decir, Sánchez tomaba, por un real, café y aguardiente, mistura conocida por toda la crápula social masculina, con el nombre de fósforo.

Esta poción es en México la verdadera leche de la desgracia, y los *fósforos* figuran en la estadística de la moralidad pública, como el guano de todos esos cerebros á

medio vivir y de todos esos estómagos á medio comer que forman el elenco de las tabernas de los de levita.

Sánchez había ocurrido ya á esa trampa social, que se le bautiza con el nombre de compensación, cuando no es más que un *mientras* entre la desgracia y el cementerio.

Pues bien; Sánchez un día, aún con la tinta de la oficina en los dedos, entró al café de Manrique.

El spleen es lo más estúpido que conocemos cuando se quiere curar á sí mismo; los ingleses toman té, y después un baño en el Támesis ó una bala en la sien: en México se recurre al fósforo, supletorio de la sopa de fideos y de otras cosas alimenticias.

Sánchez, en lugar de ir á la fonda se fué al café.

Allí, envuelto en la nube de su propio cigarro y delante de su *fósforo*, filosofaba sobre la inestabilidad de las cosas humanas; allí en las espirales del humo, veía pasar á Amalia y á Ketty; allí recordaba el té de Carlos y sus esperanzas de seguir siendo

gran señor, allí pensaba en que los suyos, sus correligionarios, los de su círculo, incluso don Benito, no le hacían caso; allí notaba la ausencia de un botón, lo torcedura de sus tacones y otro porción de miserias, y allí en fin, fué donde se encontró á su amigo.

Una tarde, entró Sánchez buscando su rincón favorito, su confesonario, su reclinatorio, y encontró que no había en el café más asiento vacío que el suyo; pero enfrente había un parroquiano.

El parroquiano notó que Sánchez vacilaba, é hizo un ademán invitando á Sánchez.

Sánchez se tocó el sombrero y se sentó.

Los tomadores de *fósforo* ya no lo piden, los criados se lo dan.

Bastó al criado ver á Sánchez para decirle al encargado de la cantina.

—¡Un *fósforo*!

Esta voz estentórea y aguardientosa, resonó de una manera particular en aquel recinto del humo, del café y del alcohol.

El ordinario despacho de esos cafés ta-

bernarios excluye todo refinamiento: no hay que buscar una tacita de porcelana de Sèvres, de bordes doblemente dorados con el nectar de los pensadores; no hay que buscar la cucharita de plata ó de Christoffle ni la azucarera, ni las pinzas; no, allí, al parroquiano se le sirve café bien tinto (siquiera sea por desconocidos y no legales procedimientos) en un vaso de vidrio confeccionado en la calle de los Siete Príncipes ó en Texcoco; el vaso descansa en un plato blanco, cuyo esmalte deteriorado permite al tomador de café, reconocer la materia prima del trasto; vienen cuatro terrones de azúcar en la charola, cuyos colores huyeron para siempre: allí está la indispensable cucharita de latón, que salió de un golpe de las manos del latonero, y por economía de copa, y para simplificar el procedimiento, viene el aguardiente catalán en el propio vaso, donde el criado vierte el café: todo este conjunto de groserías se llama *fósforo*.

Ocupando los dos lados de una mesita de madera pintada, estaban Sánchez y

su presunto amigo. Cada uno frente á su *fósforo*.

—Es bueno aquí el café, dijo el desconocido.

—Sí, señor, contestó Sánchez, con efecto.

—¿Usted viene todos los días?

—Sí, dijo Sánchez, remedando un *sí* de clarinete de pura tristeza.

—Yo también.

—Bueno.

—¿Qué dicen por ahí?

—Nada.

—Todo como siempre.

—Sí.

Hubo una pausa.

Sánchez sacó cigarros.

—¿Fuma usted? le dijo á su vecino.

—Soy de á caballo.

Sánchez encendió un nuevo cigarro en el que acababa.

—¿Usted es empleado? dijo el vecino.

—Sí.

—¿De hacienda?

—Sí.

—¿Y pagan?

—Sí.

Este tercer *sí* fué bemol.

—¡Vaya! ¿qué milagro? pues á mí no me pagan, yo soy pensionista; estoy retirado del servicio y soy de los mutilados, tengo mis cicatrices honrosas y mi hoja de servicios que no hay más que pedir; y ya me ve usted aquí dado al diablo, este es el pago que nos dan, todo por que dizque servimos al imperio, y ese no es más que un pretexto para no pagarnos, para cogerse nuestros alcances; ¡qué imperio ni qué calabazas!

—¿No sirvió usted?

—No, qué había yo de servir al imperio: yo serví á la nación y como soldado, fui donde me mandaba mi jefe.

—¿Quién era su jefe de usted?

—Pues el general D. Leonardo Márquez.

—Entonces.....

—Que no serví al imperio, yo serví mi empleo y al que me pagaba: todo como soldado.

—Eso es.

—Después me pasé, cuando iban á ganar los liberales, pues ni eso me agradecen todavía, cada vez que pueden me dicen que si fui traidor y que si por aquí y por allí y nada, yo lo que creo es que me tiene tirria el ministro; y si no, ahí no tiene usted tantos *sinvergüenceros* colocados, y tamaños traidorotes que son, porque esos sí estaban por su gusto. ¿Y usted señor, andaría también en la bola?

—Sí.

—¿En la revolución?

—Sí.

—¿Perseguido?

—Algo.

—¿Usted es de los del Paso del Norte?

—No.

—¡Ah!

Hubo otra pausa larga.

El desconocido estudiaba á Sánchez y le estaba conociendo que tenía algo.

—Usted está muy triste.

—Sí.

—Penas que no faltan.

—Sí.

—¡Ay amigo! si es una cosa de corazón lo compadezco, porque esto de las mujeres..... mal haya la..... si viera usted lo que me han hecho pasar. ¿Ve usted esta cicatriz? pues no es de bala.

—¿No?

—No, señor, de una pícara más mala que una legión de diablos.

—Con que.....

—Por nada me deja sin ojo: si no ha sido por el señor Vértiz. ¡Qué buen médico es el señor Vértiz! pues como le iba á usted diciendo, me pegó.

—Mal negocio.

—Malo ¿y á usted no le han.....

—No, á mí no.

—Repetiremos el cafesito ¿le parece á usted?

—Hombre.....

—Sí: ¡mira muchacho! dijo al criado, otros dos.

El criado quitó los trastes y gritó:

—¡Otros dos fósforos!

Sánchez empezó á reprocharse su laco-
nismo.

—¿Pues qué? usted no está bien á pesar
de haber andado en la bola?

—No me alcanza el sueldo, tengo mu-
chos gastos.

—No sabrá usted la biblia.

—¿Qué biblia?

—Pues trepar, amigo, trepar; aquí, ya
sabe usted, el que mejor se agarra.....

—Sí, pero eso no es fácil.

—¡Adios!

—Hay algunos que tienen fortuna...

—¡No señor! ¡qué fortuna! pico, son
picos largos.

—No sé cómo harán.

—¡Vaya! si yo fuera como usted ¡cuando
había de estar así!....

—¿Pues qué haría usted?

—Trabajar.

—¿Cómo?

—Para ser diputado.

—¿Y qué son 250 pesos cada mes?

—¿Y las buscas?

—En eso no hay buscas.

—¡Vaya! estando uno arriba....

—¿Pero cómo?....

—Y luego se hace uno regidor.

—¿Y eso qué?

—¡Ah! qué señor, pues usted si que tiene
la leche en los labios. Si á mí me hicieran
regidor, me ponía las botas.

—Usted cree....

—¡Vaya! si mire: así de negocitos; y
legales, eso sí y que no se los pueden pro-
bar á uno.

—Pero....

—Todo está en ingeniarse.

—Pero yo no entiendo.....

—Tengo yo un compadre que es pro-
veedor.

—¿Y qué?

—El me ha dicho cómo se hace eso, pues
no ve usted como se matan por ser regido-
res, y si fuera de valde, ¿usted cree que se
andarían tropezando por salir.

—Todo eso es muy bueno, pero como yo
soy liberal de buena fé.....

—No se trata de eso, liberales todos lo somos, solo que unos maman y otros no.

—Para eso sería necesario ponerse al corriente.

—Eso es muy sencillo, yo lo puedo poner á usted al tanto: sobre que de eso vivo.

—¿De eso vive usted?

—Sí señor; soy elector y con eso y con ser de algunas comisiones patrióticas, me voy vandeando.

El militar comenzó aquella tarde su cátedra oral, que era en toda forma un tratado sobre la manera de hacerse hombre grande.

Sánchez, como todos los desesperados, empezaba á concebir esperanzas á medida que el oficial desplegaba más elocuencia y multiplicaba los ejemplos.

El entusiasmo del oficial subió de punto en el momento en que Sánchez pagaba el café de los dos, y desde aquella tarde Sánchez contó en el número de sus amigos importantes á Delgadillo que así se llamaba el oficial.



CAPÍTULO XIII.

CONTINUA EL PÍCARO TIEMPO HACIENDO
ATROCIDADES.

DASÓ, más pronto de lo que suele pasar la delicia de las situaciones anómalas, la miel de los amores de Amalia.

Ricardo dió pruebas de que era hombre práctico, porque el pobre de Sánchez no se decidió en último resultado ni á batirse con él, ni á reclamar á Amalia; se conformó con enviudar.

Ricardo fué espléndido los primeros días, pero á cierto tiempo se había transformado en económico.